

(...Viene de la Página 5)

compañero de casos y personajes dignos de escribir un libro como el de Pérez Lugin. La patrona, aunque decíase llamar Doña Adelaida, era conocida por todos, tanto huéspedes como vecinos, por Doña Julepina, ya que de entre sus muchos vicios y escasas virtudes, destacaba su infinita afición por el juego del julepe que compartía durante horas y horas con quien quisiera acompañarla. La mayoría de esos adláteres éramos nosotros mismos, los estudiantes allí alojados, quienes, no siempre de forma legal, le ganábamos el dinero a la patrona, a la cual se la llevaban los demonios, despotricando de su mala suerte. Claro que se resarcía de sus pérdidas a nuestra costa. Tenía, para toda la fonda, sólo una criada y esta, aunque echaba casi veinte horas al día, no daba abasto. Cambiaba las sábanas cada quince días, no encendía apenas la estufa y en cada habitación, así como en el pasillo no funcionaba más que una bombilla. Y recuerdo muy bien el menú de la cena que siempre era el mismo: una sopa de dudoso origen en la que flotaban entre ocho o nueve fideos y una sardina en escabeche. Postre no ponía porque daba flato.

-Pero lo que llamaba poderosamente la atención eran las grescas continuas que Doña Julepina mantenía con los del bar que estaba instalado debajo de la pensión, ubicada en el primer piso del edificio. Ella se quejaba, entre otras muchas cosas, de que no se podían soportar los constantes humos y olores a fritos que salían de la cocina del bar, mientras que ellos lanzaban improperios por todo lo que les caía de continuo desde la fonda: agua de fregar, desperdicios y sobras de comidas, el goteo de la ropa tendida. Un sinfín de cosas. Y había entre nosotros un asturiano, de Luarca, con un humor finísimo, que siempre le tomaba el pelo a la patrona:

-Doña Adelaida, pasara yo ayer al bar de abajo a tomar un vino y dijéronme los camareros que usted, de joven, fuese puta. Pero yo, señora, defendila, y les dije: cómo iba a ser puta con lo fea que es.

-Y ahora vámonos, que ha dejado de llover. Ya te seguiré contando cosas por el camino.

Aquel país de las maravillas

María Teresa Lozano López

Nos lo pusieron todo de color de rosa. Nos sirvieron una bandeja de canapés variados, donde todo era un brindis al materialismo; donde todo se compraba y se vendía, costase lo costase, ignorando la calidad de lo que se nos ofrecía, eso sí, envuelto en precioso papel de colores. Y caímos en la trampa, olvidando los valores más elementales del ser humano. Y ahora el vacío, la incertidumbre.

Es el comentario en la calle, en los cafés, en los corrillos. El ciudadano de a pie, ese que paga sus impuestos puntualmente, porque no sabe escaparse, anda confuso, asustado y bastante decepcionado: Confuso y asustado porque no entiende de mercados nerviosos, que hay que tranquilizar. De bolsas que suben y bajan sin control, ante una noticia que puede no ser cierta -vete tú a saber quién maneja esto, y a quien beneficia-. Y desde luego no entiende eso de que haya que inyectar liquidez, o que la deuda de un país se pague más cara que la de otro. El ciudadano sólo sabe que aquello de la famosa globalización, está enriqueciendo más a los ricos, y dejando sin recursos para ganarse la vida a los más pobres. Sabe que les obligan o les incitan dulcemente previo pago, a sacar viñas, a plantar o sembrar éste o aquel cultivo, que luego no vale para nada, que no genera puestos de trabajo, ni tan siquiera ilusión de emprender, de esforzarse, de bregar. Mientras los productos básicos, duermen en las cooperativas agrícolas y ga-

naderas, sin ver salida. Las subvenciones mandan, y la ley del mercado impera.

Y, decía al principio, que el ciudadano está sobre todo decepcionado, primero de sí mismo, si es que ha hecho examen de conciencia, porque todos en mayor o menor medida, hemos sido partícipes. Los favores se han pagado, tirando de chequera: el favor para mí, la chequera de todos. Se ha ido descaramamente a por el dinero, y el trabajo bien hecho se ha olvidado en el camino.

Pero sobre todo, está decepcionado con la clase política y algún que otro dirigente. Porque eran ellos los que tenían la obligación de dar ejemplo, y se nos durmieron en los laureles, mirando sólo por sus propios intereses personales y políticos, abocándonos a una educación pésima, a una justicia dudosa, y a esta economía débil y endeudada.

De ésta saldremos, mucha gente está sufriendo, pero saldremos, igual que hemos salido de otras en España. Pero hemos de aprender la lección, para vivir de otra manera, más en sintonía con el medio y los demás. Haciendo las cosas bien, a conciencia. Siempre olvidamos que todo está enlazado, y que, antes o después, nos encontramos con lo que hicimos mal hecho por desgana o pereza. Hace falta trabajar, sumando en vez de restar, quitando barreras absurdas que nos separan y limitan, restaurando viejas heridas, para que nunca se vuelvan a abrir, en hechos tan aberrantes como los que se vivieron en este país.

Sólo de esa forma haremos un país próspero, un país decente, donde la gente tenga ilusión por emprender y, sobre todo, tenga esperanza y confianza en el futuro. Eso es hacer patria. Y me viene a la memoria aquel poema de Leopoldo de Luis titulado *Patria de cada día*.

"Cada uno en el rumor de sus talleres/
a diario la patria se fabrica./ El carpintero la hace de madera/ labrada y de virutas amarillas./ El albañil de yeso humilde y blanco/ como la luz. El impresor de tinta,/ que en el sendero del papel se ordena/ en menudas hormigas./ De pan y de sudor oscuro el grave/ campesino. De fría plata humeante/ y relente el pescador./ El leñador de astillas con forestal/ aroma cercenada. De hondas vetas/ sombrías el minero. De indómitas/ verdades y hermosura, el artista. Cada uno hace la patria/ con lo que tiene a mano: la sumisa/ herramienta, los vivos materiales/ de su quehacer, un vaho de fatiga,/ una ilusión de amor y, en fin,/ la rosa de la esperanza aún/ en la sonrisa".

Al hilo de este bello poema, y cambiando de registro, quiero tener un recuerdo muy especial, para Jesús Sánchez López, conocido cariñosamente como Tito Bocafragua. Él era de los que hacían patria a diario en su panadería. Gran trabajador y mejor persona. Nunca faltaba el trozo de pan en la mano extendida. Lamentablemente desde el pasado 10 de junio rema en la otra orilla. Vaya para su familia mi pesar más sincero.

Hoy

José Antonio Jareño Navarro

Hoy estás libre, pluma, puedes hacer lo que te plazca. Puedes dibujar sesenta monigotes y decir que intentaste retratar a tu vecino y nunca te salió favorecido o decir que es un rebaño de lechuzas, rebuscadas en un rincón de tu memoria. Hoy eres libre por fin, amiga pluma, tanto tiempo recluida entre barrotes y castigada a comer convencionalismo, del barato y del agrio. Sé libre, pluma, vuela, elévate y desciende en la montaña y cuando hayas vomitado por inútil el insulto, la alabanza falsa o la blasfemia, entre los versos olvidados de un poema, saca a relucir tu alma de cigarra. Eterniza la espiga y la amapola. Amarra a tu pupila el momento y el suspiro. Recita, navega. Pluma,

revuélcate en el aire de las flores. Busca por las playas, aquellas arenas hambrientas de caricias. Hoy no necesitas armadura, ni luces anodinas marcando tu destino.

Sí, hoy eres libre, puedes fingirte mariposa o luz o aire y

puedes hacer graffiti en el cielo con colores abarrotados de esperanza. Puedes sentirte dueña del camino. Puedes saltar sin esfuerzo las barreras que intentaron marcarte tu sendero. Hoy eres libre. Puedes si quieres, encerrar en estas líneas un caudal infinito de ternura, o si quieres ser

"Hoy puedes decir en tu lenguaje: belleza, dulzura, amistad, verdad, mañana, hasta amor puedes decir en tu lenguaje, sin nada que te obligue a sonrojarte. Hoy eres libre, amiga pluma, y bien que yo me alegro... Quisiera engarzado en tu timón, marchar a esos espacios que tan bien tú conoces"

fuego que abrase la vergüenza, la indigencia moral de los cautivos, de su debilidad y de su ponzoña, aquellos que un día te amordazaron con la miseria silenciosa del esclavo. Hoy puedes decir en tu lenguaje: belleza, dulzura, amistad, verdad, mañana, hasta amor puedes decir en tu lenguaje, sin nada que te obligue a sonrojarte. Hoy eres libre, amiga pluma, y bien que yo me alegro... Quisiera engarzado

en tu timón, marchar a esos espacios que tan bien tú conoces. Espacios donde todos los indicadores proclaman libertad y sin embargo por causa de mis miedos, para mí, son aún desconocidos.